

Trigésimo tercer Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 13,24-32

Las lecturas de hoy, seguramente, nos han resultado extrañas. Y no nos falta razón; pues expresan algo que no sentimos ya con la misma intensidad y el mismo convencimiento que tuvieron Jesús y los primeros cristianos: el fin del mundo, el final de nuestro mundo. Y, además, lo expresaban con imágenes fuertes, que nos resultan insólitas, que no tienen mucho sentido para nosotros hoy. Y porque nos pueden sonar a cosas del pasado, corremos el riesgo de perder cuanto Dios hoy nos propone hoy como su Palabra; no por el hecho de sernos extraña, la Palabra de Dios deja de ser de obligado cumplimiento; no podemos escudarnos en que esas cosas ya no pasan entre nosotros, para no prestar atención, y obediencia, a lo que Jesús quiso decirnos con ellas.

En aquel tiempo, ²⁴Jesús a sus discípulos:

«En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, ²⁵las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearan.

²⁶Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; ²⁷enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de horizonte a horizonte.

²⁸Aprended de esta parábola de la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; ²⁹pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. ³⁰Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. ³¹El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, ³²aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

La admiración de un discípulo ante la magnificencia del Templo, provoca en Jesús, “sentado en el monte de los Olivos” (Mc 13,1.3), uno de sus discursos más duros y difíciles de comprender. Tras predecir a sus atónitos discípulos que la destrucción completa del admirado Templo está por venir (Mc 13,2), anuncia como inminente una serie de calamidades que la precederán exhortando a afrontarlas con vigilancia y lucidez (Mc 12,5-23). Es, entonces, cuando promete la venida del hijo del hombre, que es el corazón de su discurso (Mc 13,24-32): el fin del mundo – y para los discípulos judíos de Jesús la ruina del Templo era *un verdadero fin de su mundo* – no vendrá sin cataclismos inimaginables; la naturaleza entera sufrirá lo indecible (Mc 12,24-25), antes de que aparezca el *hijo del hombre* (Mc 12,26): su presencia, imponente y soberana, señala la irrupción del reino de Dios y el inicio de su realización: los elegidos serán reunidos (Mc 12,27). La salvación divina ha sido imaginada frecuentemente en el AT como congregación de los dispersos (cfr. Is 11,1.16; 27,12; Ez 39,27); lo que se esperaba que Dios ejecutara en persona, lo hará personalmente el *hijo del hombre* anunciado, que cubre así las veces de Dios.

Al anuncio sigue una exhortación: si saben prever el verano en la germinación de la higuera, tendrán que aprender a distinguir las huellas de un Señor que “está a la puerta” (Mc 12,29). Que este aprendizaje no es de libre elección queda aún más evidente en la solemne afirmación que la acompaña: esta generación verá cuanto se le ha anunciado (Mc 12,30). Por más oscura que resulte, la aseveración de Jesús es contundente: quienes le están escuchando serán espectadores de cuanto anuncia. Es más, añade con una certeza insólita, seguro como está de que va a suceder como está prediciendo: sus palabras, como las del mismo Dios (Is 40,8; 51, 6), son más firmes que el firme firmamento y la tierra firme (Mc 12,31). Llama la atención que, tras afirmar con tanta seguridad, lo dicho lo rebaje ahora con una cautelosa reserva: nadie, solo Dios, sabe el momento exacto en que acontecerán todas estas cosas (Mc 12,32). Tan inesperada confesión no debilita, ni mucho menos cuestiona, lo anunciado; más bien, Jesús se niega a responder la pregunta inicial de sus discípulos (Mc 12,4), porque no le compete a él fijar la fecha sino realizar los hechos. Solo al Padre compete determinar cuando el hijo ha de venir a reunir sus elegidos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Dirigiéndose a sus discípulos, Jesús les prepara para que vean en los luctuosos sucesos que vendrían tras su ausencia un anuncio del juicio inminente: las imágenes, en el más típico estilo apocalíptico, se exorbitan y acumulan para dramatizar la gravedad e inevitabilidad de cuanto ha de venir. Los discípulos han de vivir esperando la venida del Hijo del Hombre y su juicio inapelable. Jesús desaconseja hacer cálculos, pero insiste en el cumplimiento de su anuncio: saber discernir la inminencia de la primavera en el primer verdor de la higuera debería hacerles entrever los rastros que en la historia diaria ha dejado el Juez que ha de venir; quien está despierto para descubrir el amanecer del mañana ha de dar con las huellas del porvenir que están ya presentes en su vida: la espera de Cristo se amasa en la vigilancia y el discernimiento de la propia historia. En vez de agrandar la angustia ante los males inminentes o desesperar de una salvación que no se ve, el cristiano debe alimentar su esperanza a base de inventar, e inventariar, los rastros de Dios en el momento presente: a quien le echa en falta, no le falta tiempo, ni ganas, para prepararse a su venida.

¿A qué puede venir el que se nos recuerde el fin del mundo próximo y amenazador? ¿Qué sentido puede tener este mensaje hoy? En realidad, la Palabra de Dios no hace más que confrontarnos con la dura y olvidada experiencia de nuestros días, aunque lo haga con un lenguaje oscuro y trasnochado. Y la experiencia cotidiana, ésa que hacemos todos los días pero que olvidándola intentamos librarnos de ella, es que estamos viviendo un mundo que no vale la pena, un mundo que asiste impasible al genocidio de pueblos por guerras impuestas o por hambres evitables, un mundo donde se mata por poco y por menos se llega al suicidio, un mundo en el que se menosprecia al que menos tiene o más enfermo está, un mundo en el que las madres deciden sobre la vida del hijo no nacido y donde los hijos crecidos arrinconan a sus padres ancianos..., un mundo así está tocando fondo todos los días, está llegando sin advertirlo a su fin, aunque siga creyendo que no hay final a la vista.

Un mundo, nuestra sociedad, que muestra mayor interés ante la degradación del medio ambiente mientras más insensible se hace a la degradación de la vida familiar, no merece mucho nuestras penas; ni puede ilusionarnos un porvenir donde la vida no está asegurada para todos; no debería angustiarnos el futuro de un mundo donde la vida humana, nuestro futuro, está amenazado de muerte. Un mundo, nuestra sociedad española, en la que la insolidaridad nos está cada vez más convirtiendo en enemigos unos de los otros, donde la vida de las personas concretas cuentan menos que un programa político o que el enriquecimiento personal. Un mundo en el que cada día se nos ofrecen más diversiones y nos negamos a tomar más responsabilidades, donde el amor se vende más barato y más difícil se ha encontrar amantes auténticos, es un mundo en el que, por fuerza, nos estamos encontrando más solos, menos queridos. Un mundo así no tiene salida.

Es lo que nos dice precisamente la Palabra de Dios: el mundo que nos hemos preparado no tiene futuro, tendrá un fin cierto y ya se ven entre nosotros los signos de este final. Pero cuanto hoy nos dice el evangelio no respira pesimismo: es buena noticia, es palabra de esperanza y motivo de serena alegría. Jesús en el evangelio nos ha hablado del fin de nuestro mundo, ese mundo que nos hemos montado nosotros, con nuestras fuerzas y con nuestro saber, a espaldas de Dios, cuando no en su contra; Jesús quiere obligarnos a situarnos aquí y ahora, en medio de este mundo que pasa, para darle sentido e infundirle esperanza, oponiéndonos activamente a las fuerzas de muerte que están operando en él, siendo testigos suyos, de un Dios Vivo y de la vida, porque amamos cualquier señal de vida y respetamos todo ser viviente, porque favorecemos el cariño y la fraternidad, porque trabajamos por la solidaridad y en entendimiento, y nos esforzamos así por dar futuro a este nuestro mundo.

Pocas veces, quizá, en la historia de la iglesia ha tenido tal actualidad el mensaje de Palabra de Dios que hemos oído hoy: precisamente porque nos sentimos seguros del mundo que no hemos construido, porque jamás hemos gozado de tantas comodidades, de tanto progreso social y económico, de tanta tranquilidad social y libertad civil, hemos ido arrinconando en él a Dios en un último lugar. Y un mundo sin Dios, un gran casa sin Padre, lo sabemos muy bien los creyentes, se nos está haciendo un lugar menos humano, una hogar sin hermanos: desterrado el padre, los hermanos nos hemos convertido en antagonistas, el prójimo en un desconocido. Este nuestro mundo que ya no tiene a Dios como su salida natural, esta sociedad en la que Dios no es su porvenir, carece de futuro y no vale nuestra pena.

Tal es el mensaje de deberíamos proclamar con nuestra esperanza, con nuestra resistencia activa al mal, nosotros, los que creemos que Dios tiene todavía un papel que protagonizar, un lugar que ocupar en nuestro mundo. Y para hacer creíble nuestro testimonio, deberíamos ser los cristianos quienes con más dedicación, con menos desalientos, con mayor esperanza y menor pesimismo, enfrentáramos la tarea de anunciar a nuestro mundo que un mundo sin Dios es un mundo con un final seguro.

Decirlo claramente hoy no nos hace profetas de mal aguero, porque nuestra esperanza no está aquí anclada sino en Dios, porque nuestra fuerza no reside en que todo funcione bien ni según nuestros deseos, sino en que Dios ha puesto su confianza en nosotros, los que en Él confiamos. Deberíamos dejar de una vez los complejos de inferioridad con los que estamos viviendo nuestra fe y recuperar la valentía de los primeros cristianos, que esperaban un mundo nuevo y mejor. Deberíamos quitar la palabra a quien la usa para construir un mundo alejado de Dios, un mundo sin futuro para nosotros; no podemos seguir dando nuestro asentimiento a quien lo utiliza para negarnos nuestra fe.

Ya no es posible sólo rezar, hay que acudir allí donde se toman las decisiones, donde se programa esta nuestra sociedad en la que vivimos; sin pretensiones, pero sin complejos; sin tener que pedir perdón por atestiguar nuestra esperanza, pero sin intentar obligar a nadie a que piense como nosotros; aguantando que otros persigan otros fines, pero no soportando que haya personas más ilusionadas, más esperanzadas en este mundo, que nosotros: volvamos a ser testigos de Dios en un mundo que se acerca a su final, volvamos a pedir respeto para la vida, volvamos a cultivar la gratuidad y el amor fraterno, volvamos a ser iglesia peregrina, volvamos a estar allí donde se respeta al hombre concreto, al más necesitado, y nos será devuelto la alegría de vivir y volveremos a habitar un mundo más humano, un mundo con Dios hoy y mañana.

Recordemos que no estamos solos en la tarea: Jesús es nuestro sacerdote; sigue rezando por nosotros, quien se sacrificó por nosotros. Sentado junto a Dios, espera que todo el mal sea vencido, espera de nosotros que apresuremos esa hora, ese momento; en nuestras manos está, pues, el adelantar el fin de este mundo de odios y de muerte, de ausencia de Dios y de irresponsabilidades humanas, un mundo sin futuro y sin Dios. En el mal que nos rodea, en el mal que descubrimos en nuestro mundo y en nuestro corazón, nuestro 'pequeño' mundo, deberíamos leer, como hace el campesino en su higuera, los rastros de la nueva vida, de una primavera nueva: *'sabed que Él está cerca, a la puerta'*. Si su cercanía nos ha de llenar de alegría, también ha de urgirnos a esperarle mejorando este nuestro mundo. No hay otro modo, más evidente y

fidedigno, de decirle que, a pesar de todo, no hemos perdido la esperanza en él, porque nuestra esperanza la tenemos anclada en Dios.